La amenaza

Un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez están en el tablero representados por las letras J, K, L, M y N, aunque no necesariamente en este orden. Deduzca qué pieza es cada letra, sabiendo que cada número indica cuántas piezas amenazan a dicha casilla.

		2	J				
		K					L
	2					N	
				2			1
		M					

SOLUCION

J=Torre; K=Rey; L=Alfil; M=Caballo; N=Dama.

Número oculto

Deduzca un número de cuatro cifras distintas, que no empieza con cero, a partir de las pistas numéricas. En la columna B (de BIEN) se indica cuántas cifras correctamente ubicadas tiene ese número con el buscado. En la columna R (de REGULAR) se indica la cantidad de cifras comunes, pero fuera de posición.

				B	R
				4	0
9	4	8	2	1	1
1	3	2	5	0	1
9	0	8	6	0	1
7	1	0	4	1	1
9	8	4	5	1	0
1	0	9	2	1	0

SOLUCION 7642.

Verano/12



(Por Adrián Abonizio) Lo importante es mentir. El efecto condicionante de una seducción que no culmina produce un enganche firme, soldado como con autógena al deseo. Ella se maquilla frente a la luna cuarteada del baño. Está en el bar Barcelona. La puerta vaivén le deja entrever como imágenes cortadas de películas: unas piernas de hombre, luego unas manos que juntan, unos vasos, la puerta que se detiene. Un humo dulce la atrae. Alguien se está despachando encerrado en el cuartito. Golpea.

"¿Sos vos?, Mónica. No, no es Mónica." Le responde una voz de tipo. Sale disparada. Voltea el perchero del rincón. Hace un mohín. El mozo al pasar roza con la bandeja su hombro descubierto y quemado; siente el metal frío, luego el líquido que se vuelca, el ruido a vidrios rotos y algunas risas. Imposible andar por la vida sin que alguien no se hiera. La luna afuera ni salió todavía y una montaña de rojo nocturno cruza el cielo de febrero. Pide té de rosas frío. Y un Gancia helado. Por su garganta cae el zumo y el alcohol punzante. Se ve distante, entre buques anclados, paseándose con vestido pegado al cuerpo, feliz, radiante, segura. Lo importante es mentir un poco. Lo necesario para que el tipo aquel se acerque, madure el golpe y como una fruta rústica venga a caer sobre su mesa. Ya lo hace. Es un héroe grave, le dice jovencita y ella ni se sonríe. Puede ser su tío. Tiene unas atractivas patas de gallo, unas manos con pecas, oscurecidas por haber estado expuestas al sol. Ella se inclina de lado y le hace lugar en su asiento. Atrás es noche plena y ella se siente una mujer verdadera, instintiva, sagaz, como aconsejan las revistas. Las lucecitas del cartel le chispean en el maquillaje. Se imagina que es una bruja moderna que ha logrado atraer al incauto hasta su guarida de hojas y malva húmeda. Sólo mentir un poquito. Apenas lo que permita el agobio y la sorpresa, ya que el galán envarado, aburrido, monocorde, sostiene, además de una charla vana, un leve hedor a mal aliento. Entonces es cuando ella se empieza a sentir definitivamente sola, lejos de mamá, de la seguridad bancaria que le permitirían elegir otro país y otra gente. Pero no puede abstraer nada más que una pálida esperanza de que el mañana será mejor. En ese momento, torpemente la copa de Gancia se le vacía justo en la entrepierna del rubio que hace un gesto como si le hubiesen detonado una granada. "Perdoname", balbucea ella y un gran odio secular la oprime como tantas veces, en el continente de una roja y mentirosa sonrisa de carmín.

BRUJA MODERNA



Federico Jeanmaire nació en Baradero, provincia de Buenos Aires, en 1957. Es profesor de literatura e investigador del Instituto de Literatura y Filosofías Hispánicas Dr. Amado Alonso, en esta ciudad. Actualmente cursa estudios de doctorado en Filología Española del Siglo de Oro en la Universidad Autónoma de Madrid. Ha publicado dos novelas: "Un profundo vacío en el pie izquierdo" (1984) y "Desatando casi los nudos". Aquí se presenta un adelanto de "Miguel", una autobiografía ficticia de Miguel de Cervantes que apareció en España en el pasado mes de enero y que Editorial Anagrama publicará en la Argentina en el próximo mes de marzo.

MIGUEL

Por Federico Jeanmaire

Pliego Dos

Donde se sigue con la historia de un bautismo y se habla de algunas cosas que sin querer se le pasaron por alto a don Rodrigo de Cerbantes. Es capítulo notable.

En habiendo así nacido del testículo derecho de don Rodrigo y del útero derecho de doña Leonor, hubo de cumplirse a la perfección con el industrioso plan concebido —que no encuentro hallar otra palabra que le haga mayor favor— por mi padre: nací varón.

Pero algo no anduvo del todo bien.

Ese algo que se le pasó tuvo que ver, a mi criterio, con el frío de aquella mañana otoñal del año de mil y quinientos y cuarenta y siete y el invierno anterior en que se produjo el complicado acto de mi generación. Invierno frío y húmedo si los hubo.

Y digo que se le pasó por alto una minucia, porque en habiendo yo más tarde levantado la capa filosófica naturalista de mi padre, dediqué gran parte de mi vida a profundizar en el estudio de las ciencias, tomándome a mí mismo como experimento, lo que no era otra cosa que continuar con la tarea que había comenzado conmigo don Rodrigo aquel invierno tan crudo. Significaba continuar con su legado y multiplicar su valiosa, aunque bueno es decirlo, única herencia.

Para entrar en materia de este notable asunto es menester exponer cierta filosofía particular que, aunque es a los peritos del arte muy patente y verdadera, está en ella el vulgo muy descuidado; y depende de su conocimiento todo lo que acerca de este punto se ha de decir.

Y es que el hombre, aunque nos parece de la compostura que vemos, no difiere de la mujer, según dice Galeno, más que en tener los miembros genitales fuera del cuerpo. Porque si hacemos anatomía de cualquier doncella, hallaremos que tiene dentro de sí dos testículos, dos vasos seminarios, y el útero con la misma compostura que el miembro viril sin faltarle ninguna delineación.

Y de tal manera es esto verdad, que si acabando naturaleza de fabricar un hombre perfecto, le quisiese convertir en mujer, no tendría otro trabajo más que tornarle adentro los instrumentos de la generación; y, si hecha mujer, quisiese volverla varón, con arrojarle el útero y los testículos fuera, no habría más que hacer. Esto muchas veces le ha acontecido a naturaleza, así estando la criatura en el cuerpo como fuera; de lo cual están llenas las historias, sino que algunos han pensado que era fabuloso viendo que los poetas lo traían entre manos.

Pero realmente pasa así: que muchas veces ha hecho naturaleza una hembra, y lo ha sido uno y dos meses en el vientre de su madre; y sobreviniéndoles a los miembros genitales copia de calor por alguna ocasión, salir afuera y quedar hecho varón. A quien esta transmutación le aconteciere en el vientre de su madre, se conoce después claramente en ciertos movimientos que tiene, incomunes al sexo viril: mujeriles, mariosos, y la voz blanda y melosa; son los tales inclinados a hacer obras de mujeres como cocinar, bordar, etc.

Por lo contrario, muchas veces tiene naturaleza hecho un varón, con sus miembros genitales afuera; y sobreviniendo frialdad, se los vuelve adentro; y queda hecha hembra. Conócese después de nacida en que tiene el aire de varón, así en la habla como en todos sus movimientos y obras.

Esto parece que es dificultoso probarlo; pero, considerando lo que muchos historiadores auténticos afirman, es muy fácil de creer. Y que se hayan vuelto mujeres en hombres después de nacidas, ya no se espanta el vulgo en oírlo; porque fuera de lo que cuentan por verdad muchos antiguos, es cosa que ha acontecido en España muy pocos años ha. Y lo que muestra la experiencia no admite disputas ni argumentos.

Pues qué sea la causa y razón de engendrarse los miembros genitales dentro o fuera, o salir hembra y no varón, es cosa muy clara sabiendo que el calor dilata y ensancha todas las cosas, y el frío las detiene y encoge.

El frío que detiene las cosas y las encoge fue la idea que a modo de punto de partida me inició en el amor a la filosofía natural, al legado de mi padre, a su herencia; aunque también influyó en mí alguna duda que se me hizo carne y que me obligó a convertirme en mi propio experimento.

A pronta edad me vi realizando ciertos movimientos algo mujeriles, algún ademán marioso, aunque mi voz sin llegar a ser gruesa y varonil tampoco se podría decir o afirmar que fuese melosa y blanda. Reconozco que me gustaba la cocina y de vez en vez hacer algún bordado o tejido; pero también tenía la certeza de encontrar a las mujeres bellísimas y apetecibles.

Yo era una suerte de dualidad, lo confieso, con gustos diversos y a veces hasta encontrados. Pero no podía vivir con el desconocimiento de las razones de esa dualidad; me prometí a mí mismo investigar, para arribar a alguna conclusión que me aclarara mis propios mecanismos.

Puedo asegurar que a pesar de los recaudos y avisos que guardó mi padre, la naturaleza le jugó una mala pasada; lo que si hubiese sido un hombre normal cualquiera no habría sido más que necedad, en un filósofo natural de su cuantía, no significa otra cosa que un error gigantesco. Al momento de engendrarme, en el invierno de entre el mil y quinientos y cuarenta y seis y el mil y quinientos y cuarenta y siete, se abatió sobre la villa de Alcalá de Henares una de las tormentas de nieve más importantes del siglo diez y seis, por lo que deduzco que algún aire frío inevitablemente debió infiltrarse por entre las piernas de doña Leonor y llegar hasta el mismísimo útero derecho donde se encontraba celosamente guardado el seminario de don Rodrigo, mientras se desarrollaba aquel movimiento en que se ubicaba de costado, agachaba la cabeza y levantaba los pies. Además de algún frío y humedad en aquel otoño gélido y malo en que me dio a luz y que puede haber tenido también algo de parte en la conformación del experimento, es decir yo.

Renuncio a pensar en que fui engendrado mujer y luego transmutado.

En primer lugar porque creo que queda sobradamente demostrado que don Rodrigo, mi padre, había tomado todos los recaudos necesarios y aun más para que yo naciese varón. En segundo lugar, porque tengo la prueba fehaciente de mi propio conocimiento sobre mí mismo y que me permite asegurar que he amado y disfrutado mujeres, aunque también haya habido en mi vida un varón.

Y ésa es toda la verdad.

Mi verdad.

Por lo tanto, puedo asegurar, con la firmeza de mis saberes en ciencias, que no hubo tal transmutación en el vientre de mi madre; sí, en cambio, algo de un frío y de una humedad contraproducente que molestó en parte la calculada sémina de mi padre.

Pero ya se va haciendo hora de terminar con este nacimiento harto complicado y hasta premeditado desde tanto antes, y huir hacia adelante en mis recuerdos.

Pliego Tres

Donde se cuenta del polvo de los viajes, de un verano cuando faltaban los caballos, de una villa más grande que otra villa y, finalmente, de un retablo antes de otro viaje casi infinito.

Pero digo que la tanta ciencia no debe oscurecer a la experiencia, ya que la una no puede andar sin la otra, ni la otra sin la una; y digo además que habrá de llegar el lugar en donde retomar lo que haya menester, que no antes.

El año de mil y quinientos y cincuenta y dos se me aparece hoy como un año muy largo, interminable. Son mis primeros recuerdos y así como sucede con la cera blanda que permite la impresión del sello, así sucede de igual con mi memoria que amontona aquellas figuras en quieta tranquilidad.

Figuras que tienen que ver con caminar y caminar, mi hermana Andrea llevando en brazos al pequeño Rodrigo que no para de llorar; Luisa y yo arrojándonos terrones, gritando, sudando; mi madre luchando desde la cima inalcanzable para nosotros de una burra; mi padre cavilando, haciendo cuentas, tirando de la burra; mucho polvo y estornudos y toser; alguna gente que cruzaba nuestro camino y nos saludaba cortésmente con la cortesía que solamente puede uno permitirse desde la posesión de un caballo en un viaje dentro del polvo del mes de junio por la meseta castellana, y mi desafortunado padre asegurando que volveríamos a nuestra villa sólo aquel día en que pudiésemos hacerlo montados a caballo y saludando cortésmente.

Por fin llegar al final del camino, una vi

MIGUEL

Por Federico Jeanmaire

Federico Jeanmaire nació en Baradero, provincia de Buenos Aires, en 1957. Es profesor de literatura e investigador del Instituto de Literatura y Filosofías Hispánicas Dr. Amado Alonso, en esta ciudad. Actualmente cursa estudios de doctorado en Filología Española del Siglo de Oro en la Universidad Autónoma de Madrid. Ha publicado dos novelas: "Un profundo vacío en el pie izquierdo" (1984) y "Desatando casi los nudos". Aquí se presenta un adelanto de "Miguel", una autobiografía ficticia de Miguel de Cervantes que apareció en España en el pasado mes de enero y que Editorial Anagrama publicará en la Argentina en el próximo mes de marzo.

Pliego Dos

Donde se sigue con la historia de un bautismo y se habla de algunas cosas que sin querer se le pasaron por alto a don Rodrigo de Cerbantes. Es capítulo notable.

En habiendo así nacido del testículo derecho de don Rodrigo y del útero derecho de doña Leonor, hubo de cumplirse a la perfección con el industrioso plan concebido —que no encuentro hallar otra palabra que le haga mayor favor— por mi padre: nací varón.

Pero algo no anduvo del todo bien.

Ese algo que se le pasó tuvo que ver, a mi criterio, con el frío de aquella mañana otoñal del año de mil y quinientos y cuarenta y siete y el invierno anterior en que se produjo el complicado acto de mi generación. Invierno frío y húmedo si los hubo.

Y digo que se le pasó por alto una minucia, porque en habiendo yo más tarde levantado la capa filosófica naturalista de mi padre, dediqué gran parte de mi vida a profundizar en el estudio de las ciencias, tomándome a mí mismo como experimento, lo que no era otra cosa que continuar con la tarea que había comenzado conmigo don Rodrigo aquel invierno tan crudo. Significaba continuar con su legado y multiplicar su valiosa, aunque bueno es decirlo, única herencia.

Para entrar en materia de este notable asunto es menester exponer cierta filosofía particular que, aunque es a los peritos del arte muy patente y verdadera, está en ella el vulgo muy descuidado; y depende de su conocimiento todo lo que acerca de este punto se ha de decir.

Y es que el hombre, aunque nos parece de la compostura que vemos, no difiere de la mujer, según dice Galeno, más que en tener los miembros genitales fuera del cuerpo. Porque si hacemos anatomía de cualquier doncella, hallaremos que tiene dentro de sí dos testículos, dos vasos seminarios, y el útero con la misma compostura que el miembro viril sin faltarle ninguna delineación.

Y de tal manera es esto verdad, que si acabando naturaleza de fabricar un hombre perfecto, le quisiese convertir en mujer, no tendría otro trabajo más que tornarle adentro los instrumentos de la generación; y, si hecha mujer, quisiese volverla varón, con arrojarle el útero y los testículos fuera, no habría más que hacer. Esto muchas veces le ha acontecido a naturaleza, así estando la criatura en el cuerpo como fuera; de lo cual están llenas las historias, sino que algunos han pensado que era fabuloso viendo que los poetas lo traían entre manos.

Pero realmente pasa así: que muchas veces ha hecho naturaleza una hembra, y lo ha sido uno y dos meses en el vientre de su madre; y sobreviniéndoles a los miembros genitales copia de calor por alguna ocasión, salir afuera y quedar hecho varón. A quien esta transmutación le aconteciere en el vientre de su madre, se conoce después claramente en ciertos movimientos que tiene, incomunes al sexo viril: mujeriles, mariosos, y la voz blanda y melosa; son los tales inclinados a hacer obras de mujeres como cocinar, bordar, etc.

Por lo contrario, muchas veces tiene naturaleza hecho un varón, con sus miembros genitales afuera; y sobreviniendo frialdad, se los vuelve adentro; y queda hecha hembra. Conócese después de nacida en que tiene el aire de varón, así en la habla como en todos sus movimientos y obras.

Esto parece que es dificultoso probarlo; pero, considerando lo que muchos historiadores auténticos afirman, es muy fácil de creer. Y que se hayan vuelto mujeres en hombres después de nacidas, ya no se espanta el vulgo en oírlo; porque fuera de lo que cuentan por verdad muchos antiguos, es cosa que ha acontecido en España muy pocos años ha. Y lo que muestra la experiencia no admite disputas ni argumentos.

Pues qué sea la causa y razón de engendrarse los miembros genitales dentro o fuera, o salir hembra y no varón, es cosa muy clara sabiendo que el calor dilata y ensancha todas las cosas, y el frío las detiene y encoge.

El frío que detiene las cosas y las encoge fue la idea que a modo de punto de partida me inició en el amor a la filosofía natural, al legado de mi padre, a su herencia; aunque también influyó en mí alguna duda que se me hizo carne y que me obligó a convertirme en mi propio experimento.

A pronta edad me vi realizando ciertos movimientos algo mujeriles, algún ademán marioso, aunque mi voz sin llegar a ser gruesa y varonil tampoco se podría decir o afirmar que fuese melosa y blanda. Reconozco que me gustaba la cocina y de vez en vez hacer algún bordado o tejido; pero también tenía la certeza de encontrar a las mujeres bellísimas y apetecibles.

Yo era una suerte de dualidad, lo confieso, con gustos diversos y a veces hasta encontrados. Pero no podía vivir con el desconocimiento de las razones de esa dualidad; me prometí a mí mismo investigar, para arribar a alguna conclusión que me aclarara mis propios mecanismos.

Puedo asegurar que a pesar de los recaudos y avisos que guardó mi padre, la naturaleza le jugó una mala pasada; lo que si hubiese sido un hombre normal cualquiera no habría sido más que necedad, en un filósofo natural de su cuantía, no significa otra cosa que un error gigantesco. Al momento de engendrarme, en el invierno de entre el mil y quinientos y cuarenta y seis y el mil y quinientos y cuarenta y siete, se abatió sobre la villa de Alcalá de Henares una de las tormentas de nieve más importantes del siglo diez y seis, por lo que deduzco que algún aire frío inevitablemente debió infiltrarse por entre las piernas de doña Leonor y llegar hasta el mismísimo útero derecho donde se encontraba celosamente guardado el seminario de don Rodrigo, mientras se desarrollaba aquel movimiento en que se ubicaba de costado, agachaba la cabeza y levantaba los pies. Además de algún frío y humedad en aquel otoño gélido y malo en que me dio a luz y que puede haber tenido también algo de parte en la conformación del experimento, es decir yo.

Renuncio a pensar en que fui engendrado mujer y luego transmutado.

En primer lugar porque creo que queda sobradamente demostrado que don Rodrigo, mi padre, había tomado todos los recaudos necesarios y aun más para que yo naciese varón. En segundo lugar, porque tengo la prueba fehaciente de mi propio conocimiento sobre mí mismo y que me permite asegurar que he amado y disfrutado mujeres, aunque también haya habido en mi vida un varón.

Y ésa es toda la verdad.

Mi verdad.

Por lo tanto, puedo asegurar, con la firmeza de mis saberes en ciencias, que no hubo tal transmutación en el vientre de mi madre; sí, en cambio, algo de un frío y de una humedad contraproducente que molestó en parte la calculada sémina de mi padre.

Pero ya se va haciendo hora de terminar con este nacimiento harto complicado y hasta premeditado desde tanto antes, y huir hacia adelante en mis recuerdos.

Pliego Tres

Donde se cuenta del polvo de los viajes, de un verano cuando faltaban los caballos, de una villa más grande que otra villa y, finalmente, de un retablo antes de otro viaje casi infinito.

Pero digo que la tanta ciencia no debe oscurecer a la experiencia, ya que la una no puede andar sin la otra, ni la otra sin la una; y digo además que habrá de llegar el lugar en donde retomar lo que haya menester, que no antes.

El año de mil y quinientos y cincuenta y dos se me aparece hoy como un año muy largo, interminable. Son mis primeros recuerdos y así como sucede con la cera blanda que permite la impresión del sello, así sucede de igual con mi memoria que amontona aquellas figuras en quieta tranquilidad.

Figuras que tienen que ver con caminar y caminar, mi hermana Andrea llevando en brazos al pequeño Rodrigo que no para de llorar; Luisa y yo arrojándonos terrones, gritando, sudando; mi madre luchando desde la cima inalcanzable para nosotros de una burra; mi padre cavilando, haciendo cuentas, tirando de la burra; mucho polvo y estornudos y toser; alguna gente que cruzaba nuestro camino y nos saludaba cortésmente, con la cortesía que solamente puede uno permitirse desde la posesión de un caballo en un viaje dentro del polvo del mes de junio por la meseta castellana, y mi desafortunado padre asegurando que volveríamos a nuestra villa sólo aquel día en que pudiésemos hacerlo montados a caballo y saludando cortésmente.

Por fin llegar al final del camino, una villa que no parecía tal por su inmensidad y su decoro, Valladolid, el lugar elegido por mi padre para amasar sus quimeras de fortuna.

Don Rodrigo de Cerbantes plantó su tienda con todo el lujo que merecía su expectativa y con todos los reales de que pudo disponer mediante un préstamo que le proporcionaron. Y al principio las cosas no le salieron del todo mal. Se hizo de alguno que otro cliente y en casa comíamos muy pero que muy bien.

Los miércoles por la mañana yo lo acompañaba hasta el centro de la villa. El hombre andaba a paso firme y yo lo seguía como podía cargando un zurrón con los instrumentos de su arte de barbería, pasábamos frente a la Colegiata que aun no era Catedral y entrábamos a un inmenso palacio, que hacía las veces de vivienda de don Felipe de Guevara.

Y mientras mi padre hacía sus quehaceres barberísticos, descubrí por allí un retablo que me impresionó grandemente. Se agrupaban en él:

demonios cabezas de cerdo demonios con cabeza de cerdo bestias salvajes bocas bocas de sapo bestias salvajes con vocas de sapo arácnidos cabezas mastodónticas arañas con cabezas mastodónticas orejas piernas raquíticas piernas cascarones de huevos huevos muchedumbres lagartijas cuerpos ciempiés vientres sexos deformidades de todo tipo gentes muertos grietas instrumentos musicales gentes muriendo por entre las grietas de instrumentos musicales cuerpos como cáscaras cáscaras como cuerpos incendios luces sombras y otras mil cosas abigarradas en un sitio solamente dos o tres veces mayor que yo.

Esperaba los miércoles con grande ansia con la sola intención de pasarme algunos minutos recorriéndolo y en cada nueva ocasión encontraba o se me aparecía alguna extrañeza escondida, alguna rareza novedosa, y así hasta aquella pesadilla tan horrible. Pesadilla que desasnó a mis padres acerca de la incomprensble ansia con la que yo esperaba la visita semanal al palacio de don Felipe.

Y ya no pude ir más.

No me dejaron.

Sólo me dejaron el recuerdo, un fantasma imborrable. Pero me volví a reencontrar con el retablo, unos cuantos lustros más tarde, en otra situación y en muy otro ámbito.

Con la mente en aquellas maravillosas figuras pero sin caballos, retornamos por el sendero del polvo hacia Alcalá al final de ese verano. Sin caballos y sin padre, que según las explicaciones de mi madre tenía trabajos que realizar. Mucho más tarde supe que no tuvo que ver con el trabajo sino con aquel préstamo y con una cárcel que yo también habría de visitar alguna vez, y junto a vos que fue, hija amadísima.

En el otoño volvió mi padre el Henares asegurando que la fortuna se encontraba, como ya iba haciéndose una costumbre familiar, del otro lado del camino, del otro lado del polvo.

Bueno es advertir que la fortuna, para el Miguel de por aquellos tiempos, no podía medirse en ducados o maravedíes: la fortuna tenía para mí la forma de los caballos que habíamos cruzado por entre el polvo de los caminos.

Esta vez sería otro camino, rumbo al abuelo, un viaje más largo, casi infinito, y que por su extensión prometía poco menos que una cuadrilla de potros al regreso.

Pliego Cuatro

Donde se dice de una ciudad que era blanca, se habla de un abuelo licenciado y de otras cosas como un colegio y una plaza donde los niños son comidos por cerdos.

Córdoba era blanca.

Tan blanca que casi cegaba la vista con tanta luminosidad subiendo y bajando por las paredes.

Habíamos dejado atrás el infinito del polvo y el eterno saludar cortés de los caballeros en sus monturas. Según mi padre y de acuerdo con sus cuentas, también habíamos dejado atrás para siempre, enterrada en el pasado, la pobreza; y la blancura de la ciudad prometía la blancura de las montañas de plata americanas. Doña Leonor asentía sin demasiada convicción y mi hermano Rodrigo no paraba de llorar en los brazos de Andrea, demostrando que ya desde sus inicios auguraba ser lo que finalmente fue: el único de la familia que tenía los pies más o menos sobre la tierra.

Llegamos a la puerta de una casa, casa que hubiera tomado por palacio, si no fuera como era que había visto antes el palacio de don Felipe de Guevara en Valladolid. Allí dentro descubrí al hombre que tanta importancia tendría para mí en el posterior devenir de los sucesos de mi vida: mi abuelo, el licenciado Juan de Cerbantes.

Tenía un abuelo blanco en una ciudad también blanca.

Hijo del pañero Ruy Díaz de Cerbantes, a la sazón mi bisabuelo, don Juan había meritoriamente conseguido la licenciatura en leyes por Salamanca. Y era rico. Tenía caballos y también tenía doblones. Creo que por un instante compartí con mi padre la forma y el contenido de la fortuna: la figura canosa del licenciado. Mi padre vio en él el oro y la plata que tanto se afanaba en perseguir aunque sin mucha suerte, y yo vi los caballos que tanto necesitaba para no caminar más por entre los polvos de Castilla y para poder algún día gestuar un saludo desde la cima tranquila de una silla de montar.

Pero muy otro que mi luminoso descubrimiento fue el encuentro que tuvo lugar entre mi padre y don Juan. El licenciado seguía sin perdonarle el flaco matrimonio al que según su entender se había allanado con la buena de doña Leonor. La escena tuvo su intensidad dramática y dejó impresionado y confuso al niño que era yo.

Pero a pesar del tal encuentro y de las históricas desavenencias de entrambos, don Juan le ayudó y mucho a mi padre a poner su comercio de barbería. Sino más, muchísimo más me ayudó a mí. Me tomó bajo su recaudo en una especie de tutoría. Tutoría que por lo pronto me permitía ir al colegio y comer como nunca antes lo había hecho, pero que por sobre todas las cosas me permitió conocer a un personaje singular que tenía una visión muy suya del mundo y las ideas claras e inconmovibles sobre casi todas las cosas: el licenciado Cerbantes, mi blanco abuelo.

No sé qué sea la felicidad para los demás, ni siquiera sé qué sea para vos, Isabel. Quizá un estado quieto, quizá un sonambulismo, quizá un dolor ignorado, un sufrimiento eclipsado, quizá otras cosas que desconozco. Epoca. Creo que la palabra época puede explicarla en mi historia, por todo lo que tiene de cruces temporales y espaciales, lo que tiene de fijeza y de separación, lo que tiene de pasado.

La felicidad fue Córdoba y es un recuerdo, otro fantasma. El vagabundeo por sus calles, el colegio de los jesuitas; infinidad de aventuras con chavales de mi edad o mayores, gentes de todas las calañas, aunque por lo general gentes de las calañas malas. Aventuras felices que terminaron en una tragedia: el episodio de los puercos en el patio de Santa Catalina.

El patio de Santa Catalina era un lugar adonde iban todos aquellos niños que por cualquier razón no tenían qué comer; pero también era el lugar adonde iba yo a aprender las cosas que no se enseñaban en el colegio, e iban muchos otros que ni tenían hambre ni tenían ya nada que aprender de las calles porque lo sabían todo.

Un día en que nos hallábamos en medio de una pelea admirable por la magnitud de brazos y de piernas jóvenes que participaban, aparecieron por allí unos cerdos. Bestias que hacían de espectadores calmos de la lucha como tantísimas veces lo habían hecho. Pero aquella tarde, en forma casi endemoniada, quisieron tomar partido en la batalla. Y lo hicieron. Resultando de tan desigual evento la muerte de cinco de mis compañeros de patio y en lo personal algunas heridas leves.

Al volver al hogar del abuelo, con tanta sangre como podía cargar en mi pequeña camisa, don Juan mandó que me limpiaran y curaran. Más tarde y cuando estaba ya un poco más calmado, descansando en mi lecho, se apareció ante mí don Juan. Pasó rudamente su mano por mi cabeza en un gesto que a él se le debe haber imaginado una caricia y me dijo palabras que no entendí ni por asomo en aquel entonces pero que luego, bastante más tarde, comprendí en toda su significación:

—Ese es el mundo, Miguel, los cerdos se comen a los niños expósitos. Llegará el día en que ocurra a la inversa, los expósitos se comerán los cerdos. La historia es un camino ineludible e inexorable y la verdad de esa historia pertenece a los expósitos y no a los cerdos, porque mientras aquellos tienen los medios para llegar a la conciencia, éstos llevan los ojos del entendimiento tapados. Anímate Miguel, a conocer el mundo, a conquistarlo, y así ayudarás a tu manera a que un día llegue en que los cerdos mueran finalmente a mordiscones de expósitos.

Tardé mucho tiempo para entender aquellas palabras. Demasiado tiempo tal vez. Bastante antes de operarse esa comprensión, mi abuelo blanco moría en la ciudad blanca, mientras, bastante más al norte, el emperador Carlos el Quinto abdicaba en favor de su hijo Felipe, que se convertiría así en Felipe II.

Pero se moría mi abuelo que esto es lo que contaré en el pliego que sigue.



lla que no parecía tal por su inmensidad y su decoro, Valladolid, el lugar elegido por mi padre para amasar sus quimeras de fortuna.

Don Rodrigo de Cerbantes plantó su tienda con todo el lujo que merecía su expectativa y con todos los reales de que pudo disponer mediante un préstamo que le proporcionaron. Y al principio las cosas no le salieron del todo mal. Se hizo de alguno que otro cliente y en casa comíamos muy pero que muy bien.

Los miércoles por la mañana yo lo acompañaba hasta el centro de la villa. El hombre andaba a paso firme y yo lo seguía como podía cargando un zurrón con los instrumentos de su arte de barbería, pasábamos frente a la Colegiata que aun no era Catedral y entrábamos a un inmenso palacio, que hacía las veces de vivienda de don Felipe de Guevara.

Y mientras mi padre hacía sus quehaceres barberísticos, descubrí por allí un retablo que me impresionó grandemente. Se agrupaban en él:

demonios cabezas de cerdo demonios con cabeza de cerdo bestias salvajes bocas bocas de sapo bestias salvajes con vocas de sapo arácnidos cabezas mastodónticas arañas con cabezas mastodónticas orejas piernas raquíticas piernas cascarones de huevos huevos muchedumbres lagartijas cuerpos ciempiés vientres sexos deformidades de todo tipo gentes muertos grietas instrumentos musicales gentes muriendo por entre las grietas de instrumentos musicales cuerpos como cáscaras cáscaras como cuerpos incendios luces sombras y otras mil cosas abigarradas en un sitio solamente dos o tres veces mayor que yo.

Esperaba los miércoles con grande ansia con la sola intención de pasarme algunos minutos recorriéndolo y en cada nueva ocasión encontraba o se me aparecía alguna extrañeza escondida, alguna rareza novedosa, y así hasta aquella pesadilla tan horrible. Pesadilla que desasnó a mis padres acerca de la incomprensble ansia con la que yo esperaba la visita semanal al palacio de don Felipe.

Y ya no pude ir más.

No me dejaron.

Sólo me dejaron el recuerdo, un fantasma imborrable. Pero me volví a reencontrar con el retablo, unos cuantos lustros más tarde, en otra situación y en muy otro ámbito.

Con la mente en aquellas maravillosas figuras pero sin caballos, retornamos por el sendero del polvo hacia Alcalá al final de ese verano. Sin caballos y sin padre, que según las explicaciones de mi madre tenía trabajos que realizar. Mucho más tarde supe que no tuvo que ver con el trabajo sino con aquel préstamo y con una cárcel que yo también habría de visitar alguna vez, y junto a vos que fue, hija amadísima.

En el otoño volvió mi padre el Henares asegurando que la fortuna se encontraba, como yo iba haciéndose una costumbre familiar, del otro lado del camino, del otro lado del polvo.

Bueno es advertir que la fortuna, para el Miguel de por aquellos tiempos, no podía medirse en ducados o maravedíes: la fortuna tenía para mí la forma de los caballos que habíamos cruzado por entre el polvo de los caminos.

Esta vez sería otro camino, rumbo al abuelo, un viaje más largo, casi infinito, y que por su extensión prometía poco menos que una cuadrilla de potros al regreso.

Pliego Cuatro

Donde se dice de una ciudad que era blanca, se habla de un abuelo licenciado y de otras cosas como un colegio y una plaza donde los niños son comidos por cerdos.

Córdoba era blanca.

Tan blanca que casi cegaba la vista con tanta luminosidad subiendo y bajando por las paredes.

Habíamos dejado atrás el infinito del polvo y el eterno saludar cortés de los caballeros en sus monturas. Según mi padre y de acuerdo con sus cuentas, también habíamos dejado atrás para siempre, enterrada en el pasado, la pobreza; y la blancura de la ciudad prometía la blancura de las montañas de plata americanas. Doña Leonor asentía sin demasiada convicción y mi hermano Rodrigo no paraba de llorar en los brazos de Andrea, demostrando que ya desde sus inicios auguraba ser lo que finalmente fue: el único de la familia que tenía los pies más o menos sobre la tierra.

Llegamos a la puerta de una casa, casa que hubiera tomado por palacio, si no fuera como era que había visto antes el palacio de don Felipe de Guevara en Valladolid. Allí dentro descubrí al hombre que tanta importancia tendría para mí en el posterior devenir de los sucesos de mi vida: mi abuelo, el licenciado Juan de Cerbantes.

Tenía un abuelo blanco en una ciudad también blanca.

Hijo del pañero Ruy Díaz de Cerbantes, a la sazón mi bisabuelo, don Juan había meritoriamente conseguido la licenciatura en leyes por Salamanca. Y era rico. Tenía caballos y también tenía doblones. Creo que por un instante compartí con mi padre la forma y el contenido de la fortuna: la figura canosa del licenciado. Mi padre vio en él el oro y la plata que tanto se afanaba en perseguir aunque sin mucha suerte, y yo vi los caballos que tanto necesitaba para no caminar más por entre los polvos de Castilla y para poder algún día gestuar un saludo desde la cima tranquila de una silla de montar.

Pero muy otro que mi luminoso descubrimiento fue el encuentro que tuvo lugar entre mi padre y don Juan. El licenciado seguía sin perdonarle el flaco matrimonio al que según su entender se había allanado con la buena de doña Leonor. La escena tuvo su intensidad dramática y dejó impresionado y confuso al niño que era yo.

Pero a pesar del tal encuentro y de las históricas desavenencias de entrambos, don Juan le ayudó y mucho a mi padre a poner su comercio de barbería. Sino más, muchísimo más me ayudó a mí. Me tomó bajo su recaudo en una especie de tutoría. Tutoría que por lo pronto me permitía ir al colegio y comer como nunca antes lo había hecho, pero que por sobre todas las cosas me permitió conocer a un personaje singular que tenía una visión muy suya del mundo y las ideas claras e inconmovibles sobre casi todas las cosas: el licenciado Cerbantes, mi blanco abuelo.

No sé qué sea la felicidad para los demás, ni siquiera sé qué sea para vos, Isabel. Quizá un estado quieto, quizá un sonambulismo, quizá un dolor ignorado, un sufrimiento eclipsado, quizá otras cosas que desconozco. Epoca. Creo que la palabra época puede explicarla en mi historia, por todo lo que tiene de cruces temporales y espaciales, lo que tiene de fijeza y de separación, lo que tiene de pasado.

La felicidad fue Córdoba y es un recuerdo, otro fantasma. El vagabundeo por sus calles, el colegio de los jesuitas; infinidad de aventuras con chavales de mi edad o mayores, gentes de todas las calañas, aunque por lo general gentes de las calañas malas. Aventuras felices que terminaron en una tragedia: el episodio de los puercos en el patio de Santa Catalina.

El patio de Santa Catalina era un lugar adonde iban todos aquellos niños que por cualquier razón no tenían qué comer; pero también era el lugar adonde iba yo a aprender las cosas que no se enseñaban en el colegio, e iban muchos otros que ni tenían hambre ni tenían ya nada que aprender de las calles porque lo sabían todo.

Un día en que nos hallábamos en medio de una pelea admirable por la magnitud de brazos y de piernas jóvenes que participaban, aparecieron por allí unos cerdos. Bestias que hacían de espectadores calmos de la lucha como tantísimas veces lo habían hecho. Pero aquella tarde, en forma casi endemoniada, quisieron tomar partido en la batalla. Y lo hicieron. Resultando de tan desigual evento la muerte de cinco de mis compañeros de patio y en lo personal algunas heridas leves.

Al volver al hogar del abuelo, con tanta sangre como podía cargar en mi pequeña camisa, don Juan mandó que me limpiaran y curaran. Más tarde y cuando estaba ya un poco más calmado, descansando en mi lecho, se apareció ante mí don Juan. Pasó rudamente su mano por mi cabeza en un gesto que a él se le debe haber imaginado una caricia y me dijo palabras que no entendí ni por asomo en aquel entonces pero que luego, bastante más tarde, comprendí en toda su significación:

—Ese es el mundo, Miguel, los cerdos se comen a los niños expósitos. Llegará el día en que ocurra a la inversa, los expósitos se comerán los cerdos. La historia es un camino ineludible e inexorable y la verdad de esa historia pertenece a los expósitos y no a los cerdos, porque mientras aquellos tienen los medios para llegar a la conciencia, éstos llevan los ojos del entendimiento tapados. Anímate Miguel, a conocer el mundo, a conquistarlo, y así ayudarás a tu manera a que un día llegue en que los cerdos mueran finalmente a mordiscones de expósitos.

Tardé mucho tiempo para entender aquellas palabras. Demasiado tiempo tal vez. Bastante antes de operarse esa comprensión, mi abuelo blanco moría en la ciudad blanca, mientras, bastante más al norte, el emperador Carlos el Quinto abdicaba en favor de su hijo Felipe, que se convertiría así en Felipe II.

Pero se moría mi abuelo que esto es lo que contaré en el pliego que sigue.

VILLA GESELL

Todas las voces todas: César Isella y el Grupo Cantoral se presentan los viernes, sábados y domingos en Bel Motel (Alameda 206 y Calle 303). Los jueves y sábados actúa Carlos Barocela.

Un cacho de cultura: Desde las 21 hasta las 23, entre el 15 y el 21 de este mes, Miguel Rep estará en la Casa de la Cultura (Avenida N° 3 entre Paseos 108 y 109) haciendo dibujos a pedido del público. Se espera una multitud que lo recibirá al grito de ¡Socorro! En el mismo local, los lunes y martes en el horario de las 23 Mabel Manzotti presenta la obra titulada *La señora Klein*, basada en la vida de la psicoanalista. También en la Casa de la Cultura, los miércoles y sábados, Rudy Chernicoff le presta el pellejo a Inodoro Pereyra, el personaje de Roberto Fontanarrosa. Lo acompaña un elenco de actores gesellinos y en la musicalización participó Víctor Heredia. Los jueves, la misma Casa de la Cultura presenta *Balada para un asesino*, una comedia interpretada por actores locales y los viernes y domingos se presenta *Reunión cumbre*, con Jorge Butrón, una pieza en la que se relata con humor las consecuencias del día en que se encontraron Dios y el Diablo.

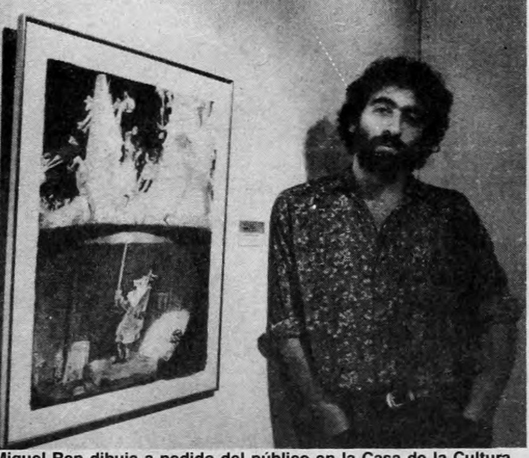
MAR DEL PLATA

Cuestiones de pareja: Ana María Picchio y Soledad Silveyra interpretan *Extraña pareja* (versión femenina), la pieza del norteamericano Neil Simon, autor de *Descalzos en el parque* y *Capítulo dos*, entre otras. Las idas y vueltas de dos mujeres con personalidades disímiles que deciden compartir el departamento y su destino de divorciadas. El elenco se completa con Perla Caron, Graciela Pal, Rita Cortese, Julián Howard y Roberto Catarineu. Las funciones son de martes a domingo en el horario de las 22.

S.O.L
SOSTENIDO

Son rumores: También de Neil Simon, con diálogos y situaciones que van desde la ironía hasta el disparate, se presenta en el teatro Tronador *Rumores*. La dirección está a cargo de Ricardo Darín, quien también actúa junto a Mirta Busnelli, Juan Leyrado, María Valenzuela, Adriana Salgueiro, José Luis Mazza y elenco. Las funciones son de martes a domingo a las 22 y los sábados a las 21.30 y 23.30.

Amor con estampilla: Para los que siguen creyendo que aún en los tiempos del fax y el DDI, el amor se cuenta por carta, Betiana Blum y Arturo Bonín narran la relación de una pareja a través de su correspondencia. *Love letters*, la pieza de A.R. Gurney, en la versión de Fernando Masllorens y Federico González del Pino, está dirigida por Oscar Barney Finn y las funciones diarias son en el horario de las 22.



Miguel Rep dibuja a pedido del público en la Casa de la Cultura de Villa Gesell.

CRUCIGRAMA

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12
1		S				■	S					
2	S	■					■					
3			■							■		
4				■					■			
5					■			■				
6	■					■					■	L
7	B	■										■
8					■			■				
9				■					■			
10			■							■		
11						■					■	T
12						O	■				N	

HORIZONTALES: 1. Permanecer en un lugar./ Agotamiento físico causado por un estado nervioso o depresivo. **2.** Roturar la tierra./ Una de las Repúblicas de la URSS. **3.** Mantra./ Audacia./ Adjetivo posesivo. **4.** Bar donde hay espectáculos musicales./ Palo amarillo de la baraja./ ("La guerra y la...") Novela de Tolstoi. **5.** Aroma./ Terminación alcohólica./ Rama delgada y larga. **6.** Planta aromática./ Primer onanista. **7.** El que preside en los cabildos./ Agarrar. **8.** En México, embarcación./ Símbolo del argón./ Fruto pintón. **9.** Batalla./ Padre de Abel y Caín./ Baile andaluz. **10.** Forma de pronombre./ Surgir, brotar./ Aumentativo. **11.** Protección, defensa./ Ave rapaz usada en cetrería. **12.** El que lidia los toros./ Vano.

VERTICALES: 1. Célebre fabulista griego./ Baile coreográfico representado por uno o más bailarines en el teatro. **2.** Acémila./ Privado de la vista. **3.** Tate./ Benevolencia./ Concurrir. **4.** Pendiente./ Carril de ferrocarril./ Ciudad de Holanda. **5.** Dícese del soldado sin grado militar./ Violoncello siamés./ Querer. **6.** Extraño./ Ninguna cosa. **7.** Estafa./ Batracio anuro. **8.** Instante fugaz de tiempo./ Símbolo del sodio./ Partidario del nazismo. **9.** Calle./ Recipiente para beber./ Aguardiente jamaiquino. **10.** Existe./ Terror./ Dios egipcio del sol. **11.** Hacer sisas en la ropa./ Que tiene sus partes separadas. **12.** Sauceda./ Cristal usado en óptica.



